



Guevara G. (2016). *Poder para el maestro, poder para la escuela*. México: Ediciones Cal y Arena. ISBN: 978-607-9357-84-9

El otrora líder estudiantil de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en los años sesenta, Gilberto Guevara Niebla, célebre en el ámbito académico por haber publicado, entre otros escritos, *La catástrofe silenciosa* en 1992, texto en el que revela una crisis educativa en México de enormes dimensiones, reitera ahora en su libro más reciente: *Poder para el maestro, poder para la escuela*, esta y otras ideas con las que nos acerca al tema de la reforma educativa impulsada por Peña Nieto. Reforma, asegura, que intenta “devolverle al maestro

su papel central en el desarrollo educativo, apoyarlo académica y salarialmente, y reiterar su prestigio social” (p. 11). Así, a lo largo de una obra compuesta por tres apartados, el autor presenta las críticas, realidades y los problemas derivados de una reforma considerada estructural por el gobierno actual; respecto a la cual despuntan opiniones diversas, encontradas y confrontadas, protestas, descalificaciones, agravios, actos violentos y, lo que es peor, desinformación e ignorancia.

163

Gilberto Guevara refiere que frente al desprestigio social de la docencia, derivado de prácticas miserables que históricamente prevalecieron en el gremio magisterial: burocratización, corporativismo, simulación, opacidad en la asignación de plazas, renta y venta de las mismas, irregularidades en los procesos de ingreso, reconocimiento y promoción, etc., se hizo necesario que la reforma actual buscara, antes que todo, desmontar una estructura de poder gestada a lo largo de setenta años. Desde su perspectiva, fue en la década de los cuarenta donde se originó la crisis educativa actual. El sistema educativo comenzó a descomponerse, la escuela pública se degradó, se descuidó la formación docente y los procesos de enseñanza, aprendizaje y evaluación. Índices de reprobación, repetición y deserción eran maquillados para dar la impresión de que la educación avanzaba, mientras la formación inicial y continua de los maestros pasaba a un segundo plano, como lo hacían también planes y programas de estudio, el equipamiento de las escuelas y la capacitación (y actualización) disciplinar y pedagógica de los profesores.

Pero la crisis educativa tiene varias dimensiones. Las carencias del sistema escolar, el bajo aprendizaje en los niveles educativos, el analfabetismo, el rezago, la rigidez en la organización de las escuelas, la ausencia de un proyecto pedagógico vinculado a la educación moral, y el abismo que separa a la escuela de la cultura, todas son extensiones de una crisis que, asegura nuestro autor al recuperar las aportaciones

de Carlos Ornelas, se derivan del control que tuvo el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) sobre la profesión docente. Por años prevaleció un “auténtico ejército de ‘aviadores’, ‘empleados fantasma’ y ‘comisionados’ que operaban en las oficinas nacionales o seccionales del sindicato, en partidos políticos, en administraciones municipales o estatales y en oficinas diversas del gobierno federal” (p. 52). Al respecto, el Censo de Escuelas, Maestros y Alumnos de Educación Básica y Especial (CEMABE), realizado en 2013, reveló que cerca de 300 mil docentes no se encontraban laborando en sus escuelas.

Guevara Niebla asegura que la reforma educativa, puesta en marcha en nuestro país desde 2012, busca “introducir un principio de dinamismo y mejora constante en la carrera docente” (p. 62) que permita optimizar el desempeño de los maestros en el aula, renovar su formación inicial, asegurar su preparación permanente e impulsar una cultura de la evaluación que asegure el cambio y perfeccionamiento continuos. Así, en este libro explica (y justifica) la decisión del gobierno de iniciar la reforma educativa como lo hizo, enviando a Elba Esther Gordillo a la cárcel y desmontando la estructura política de un sindicato que ha sido una organización estrictamente laboral y no una entidad académica, profesional ni pedagógica. Sindicato que se ha opuesto, veladamente y por décadas, a la mejora de la educación mexicana.

El autor defiende la idea de que la reforma en México no es una imposición de organismos internacionales (léase Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico, Banco Mundial o Fondo Monetario Internacional), menos de un paradigma neoliberal y su lógica privatizadora. Dice por ello que quienes “hablan de que ‘con la reforma educativa se va a privatizar la educación’ especulan, construyen ideas sin fundamento empírico, fantasean [y] hacen inferencias a partir de un esquema conceptual ajeno a la realidad” (p. 93).

Gilberto Guevara asegura que la educativa no es una reforma anti-sindical, pero que fue necesario desmontar el sistema plagado de nepotismo, corrupción y paternalismo impulsado por el SNTE desde su fundación. También señala que los maestros no son los responsables (menos los culpables) de la debacle educativa. Esta reforma, expresa, “es uno de los más ambiciosos proyectos para mejorar la educación mexicana” (p. 114). Por ello, no sólo se centra en la evaluación magisterial, también busca empoderar a los maestros y los centros educativos, transformar las escuelas normales (actualizando planes y programas de estudio, pero también renovando técnicas y métodos de enseñanza que generen un subsistema más abierto y flexible, creativo, incluyente e innovador) e incrementar la intervención de los demás actores educativos: padres de familia, directivos, asesores, supervisores... La reforma, piensa el autor, lejos de que sea denostada por la “pedagogía de la protesta” (p. 145) que impulsa la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE), cargada de emotividad, resentimiento e ignorancia, debe verse como una excelente oportunidad para desburocratizar la labor docente, incrementar los aprendizajes de los alumnos, dotar de autonomía a las escuelas, disminuir la

desigualdad, hacer que prevalezca el mérito académico sobre la discrecionalidad e introducir cambios reales en la educación que aseguren su calidad, equidad y pertinencia social. El reto es enorme, implica vencer la disfuncionalidad del sistema y aprender a *repensar la pedagogía*.

*Germán Iván Martínez-Gómez*  
Escuela Normal de Tenancingo, México